

## LA VIDA TRADICIONAL EN LAS VIEJAS FINCAS CALCHAQUIES (\*)

### *El legado diaguita*

“El Valle de Calchaquí —dice el P. Lozano en su *Historia de la Compañía de Jesús*— llamado así por un cacique de este nombre que vivía en él, superior a todos los demás en fuerzas y autoridad al tiempo de la conquista de los españoles, es uno de los muchos que componen la vastísima grandeza de la Provincia del Tucumán. Está el valle situado hacia la parte occidental de la ciudad de Salta, a 25 leguas de distancia, entre unas cordilleras muy eminentes y sobremanera frágosas que corren de norte a sur 30 leguas a lo largo . . . Lo poblaban diversas parcialidades o behetrías, como diaguitas, tolobombes y calchaquíes, la más poderosa . . . Todos hablaban un mismo idioma cacán, extrañamente difícil por ser muy gutural, aunque los diaguitas le usaban más corrupto, pero igualmente imperceptible . . . Todos eran igualmente guerreros que vengativos, razón por la que eran continuas las guerras y suma la destreza en el manejo del arco y flechas, sus armas ordinarias. En una sola cosa concordaban todas las parcialidades, y era en el aborrecimiento al dominio extranjero, confederándose con maravillosa unión cuando se temía alguna irrupción externa, por lo cual nunca los pudo sojuzgar la potencia formidable de los incas y se mantuvieron exentos de aquel yu-

---

(\*) Gran parte de los materiales de este artículo integrarán un capítulo del libro que, con el título de *El carnaval en el folklore calchaquí*, publicará próximamente en Buenos Aires la Editorial Sudamericana.

go que fueron forzadas a cargar otras naciones más numerosas, pero menos unidas en los intereses de su libertad”.

Si bien la lengua cacana y la índole guerrera que el P. Lozano recuerda desaparecieron para siempre, ¡cuántas otras supervivencias subsisten, como testimonio de los diaguitas que poblaron el valle!

Algunas prestan un alma a la naturaleza misma, ya en el ojo dañino que mira en el *pugio*, ya en el *daño* que brota de la tierra y *agarra* al hombre haciéndolo sucumbir entre hinchazones y dolores.

Otras viven en la creencia de viejas divinidades prehispánicas, como Coquenà, el guardián de vicuñas y guanacos a los que arrea a la luz de los relámpagos reveleando su honda de *huato*; como Pachamama, divinización del alma de la tierra. Para ella son las ofrendas de *chicha* y de *coca*, cuyo *acullico* hay que arrojar en la *apacheta*, rústico altar de piedra levantado en los puntos culminantes de escabrosos senderos. Pelan las mujeres el maíz en morteros de piedra, trasladados a veces desde el *antigal* al patio del rancho; *ojotas* de cuero siguen hollando los mismos caminos de las cumbres como hace quinientos años; la *puiscana* gira con su *muyuna* de piedra, de madera o de barro cocido como en tiempos del Inca; retumba la *caja* despertando en los cerros los ecos dormidos de *chayas* jubilosas; entonces como hoy se embriagan con *chicha* hasta caer rendidos en el regazo de la tierra, abrazando el tamboril de la fiesta. Abrazo tan estrecho que perdura más allá de la muerte: Ambrosetti, el arqueólogo, desenterró en la Puerta de la Paya restos de *cajas* calchaquíes de las tumbas donde descansaban junto a las momias seculares.

La raza misma, desfigurada por cruces y mestizajes innúmeros, asoma sin embargo en los rasgos antropológicos de muchos *coyas* de hoy. Uno de ellos me contaba que “diz que antes había unos antiguos que tenían adornos de oro y hacían ollas de barro. Y di’ahi que les había hablao Dios y que les decía que iba a venir un gringo bien churo, y di’ahi que ellos dijeron qué será ese gringo, que tal vez sea un hombre que les iba a comer; y diz que se enterraron de miedo metíos en sus

ollas. Cavaron unos agujeros y se metían de uno y di'ahi se iban enterrando. El que quedó al último se enterró él mismo; pero diz que una mujer de miedo que la enterraran vivita, se había escondido en los montes y cuando vino el gringo, de verla tan alhajita se casó y di'ahi tuvieron muchos hijos, que son los de nuestra raza''.

Así decía el mestizo, musitando apenas las palabras y haciendo girar entre sus dedos deformes el raído sombrero *ovejuno*.

Mas la historia nos dice que no fué tan placentera y galante la primera entrada del "gringo" a las tierras diaguítas. Por el contrario, desde el momento inicial de la primera "entrada" sufrieron los españoles el aguijón de la lucha indígena. Una flecha mató el caballo de Diego de Almagro en la Chicoana calchaquí; esa muerte acaso contribuyó a disipar el temor supersticioso y reverencial suscitado por los extraños seres barbados, cuya humanidad aparente se prolongaba en monstruos de cuatro remos y relincho agudo. El trueno que retumbaba en su mano y el rayo mortífero que lanzaban no fué óbice para la defensa primero y el ataque victorioso después.

Diego de Rojas, que bajaba hacia "Arauco que es adelante de las provincias de Chile", vió torcida su ruta y su destino por unas "gallinas de Castilla" procedentes, según testimonios indígenas, de otros hombres blancos que vivían tras las montañas. Torció el rumbo hacia el Tucumán desconocido y desde aquella misteriosa Chicoana llegó hasta los juríes, quienes con una flecha enherbolada troncharon su vida.

### *Los feudos calchaquíes*

De los primeros asientos, de imprecisa y discutida ubicación, varios con mucha probabilidad, se levantaron en los valles. La segunda fundación de Barco, Londres de Catamarca, Córdoba de Calchaquí, la primera San Clemente de la Nueva Sevilla y Nuestra Señora de Guadalupe, implacablemente des-

truidas a poco de fundadas, son testigos de la briosa y artera resistencia.

El cacique don Juan Calchaquí, quien recibió su nombre en el bautismo aceptado durante el cautiverio, fué el gran animador de la guerra sin cuartel. Su fama encendió la de su tribu empalideciendo los gentilicios de sus hermanos los payogastas, luracataos, tolombones y tantos otros, recordados hoy a través de topónimos de villas y lugares. Calchaquí en cambio se hizo denominación del valle entero. Por fácil sinédoque llegó a designar toda la "nación" diaguita y hasta en la literatura arqueológica introdujo confusión y polémica.

La tremenda guerra persistió con intermitencias hasta mediados del siglo XVII.

Fué don Alonso de Mercado y Villacorta el domeñador de los indígenas del Valle. Venció a los hualfines, "extrañó" a los quilmes, enviándolos en masa hacia el Río de la Plata, en cuyas orillas dieron origen a la actual ciudad de su nombre, y repartió entre sus capitanes algunas enmiendas

Al cordobés don Diego Diez Gómez, —que en 1670 acompañó al Gobernador Peredo en su entrada al Chaco y fué Lugarteniente y Capitán de Guerra en Salta—, le correspondió en aquella oportunidad la región de Molinos, donde se levantó la casona solariega cuyos restos actuales ayudan a evocar la vida patriarcal en estos feudos montañeses. Junto a la puerta se levantaba el altillo, verdadero mirador o *vichadero*. Como un Felipe II lugareño, el último encomendero español, don Nicolás Severo de Isasmendi, asistía desde allí, según se dice, a la misa que se celebraba en la capilla frontera.

Esta tradición despeja acaso el interrogante planteado por Juan B. Ambrosetti, quien no acierta con el objeto de esta curiosa construcción.

Había tal vez un misterioso presagio en el afanoso mirar del encomendero. En un nicho de una de las paredes laterales de la actual iglesia, detrás de un altar pequeño, se encuentra, momificado, el cadáver del que fuera gobernador realista de Salta en 1810. Allí lo vi y lo palpé un atardecer de enero, a la

luz de velas que resultaban apropiados complementos de la escena. Girones de uniforme azul sobre sus miembros huesudos y su piel apergaminada, son los restos últimos de la pompa señorial con que ejerciera su gobierno y deslumbrara a súbditos, servidores y esclavos en el escenario agreste de su encomienda calchaquí.

Frente al mirador, en el lado opuesto, se abría el zaguán que llevaba al segundo patio, cercado de cocinas, depósitos, cuartos de servicio. Era éste el agitado escenario que trasuntaba la actividad económica de la "hacienda", que no se reducía, por cierto, a la casona principal. Cuatro leguas al sur, andando el tiempo, las primeras vides rindieron el fruto de sus dorados racimos. La familia Gómez, heredera de la vieja encomienda, hizo construir la bodega que Ambrosetti admirara en 1896. Fué tan importante en su época, que "Bodega" se llama desde entonces el lugar. Allí los obreros pisaban la uva a pie descalzo en los *noques* formados por un cuero vacuno entero, pendiente de un mareo rústico sostenido por fuertes estacas; allí se vió a los pisadores, ataviados con gorros de colores vivos, accionar al son de *cajas*, sosteniéndose en tientos colgados de los *corvós* del alto techo; allí se usaron las canaletas de madera, los tinajones retobados en cuero, los grandes *mates*, cortados por la mitad para el trasiego y las prensas formadas por una gran viga de algarrobo, que presiona el *suncho* de paja tejida, gracias al torzal de cuero enrollado en el grueso molinete.

Abandonados en las huertas de las fincas actuales, yo he admirado los enormes tinajones de dos metros de altura, a los que el ollero habilidoso construía con barro desde adentro, como gusano que elaborara su capullo; no faltan las prensas con resistentes roscas y tuercas de madera, talladas con cuchillo, pero de filete perfecto, y aún quedan restos de encatrados de troncos y ramas de algarrobo, que sostenían las viñas, ahogándolas al mismo tiempo con su desproporcionada corpulencia.

Mas cualquiera fuera la labor o el lugar, todo confluía a la casa principal en San Pedro Nolasco de los Molinos de Cal-

chaquí. Edificio amplio, cómodo, adecuado al clima y apto para las necesidades domésticas, espirituales y eventualmente guerreras de la época.

La hija del fundador, Da. María Magdalena Diez Gómez, casó en segundas nupcias con el general Domingo de Isasi Isasmendi, quien tenía en tanto la hacienda de su esposa, que en presentación del 21 de noviembre de 1737, aludiendo a los sacrificios hechos en las campañas contra los indios, decía que “faltando las mieses en ese Valle [de Lerma] sea mantenido y ayudado en mucha parte el abasto de esta ciudad [Salta] con las de dicha Hacienda y Valle de Calchaquí, cuyos frutos penden del expresado feudo y encomienda, situada en las mismas tierras y, manteniéndose en ella en vida política y social, se experimenta la subsistencia de dicho feudo cuando todos los demás de esta jurisdicción y Provincia se han disipado y arruinado”.

En informe al Gobernador Matías de Angles Gortari y Lazarazu, el Procurador General de Salta, D. Manuel de Frías, hacía notar que en la hacienda se recogían considerables cosechas de trigo, maíz, vino y aguardiente que servían de abasto a la vecindad y a las exigencias de la guerra, habiéndose comprobado que Isasmendi y su esposa fueron “los más prontos y los únicos en algunas ocasiones que han servido para tan precioso ministerio”.

Por tales méritos dicho Gobernador, viviendo aun Da. María Magdalena Diez Gómez (1737), “hizo merced y encomienda real del feudo de indios pulares, tonocotés y sus anexas, sitios en el Valle de Calchaquí, a su marido, el general Domingo de Isasmendi”.

La primitiva capilla, levantada frente al curioso mirador, fué luego cedida para iglesia matriz por don Domingo de Isasmendi, a solicitud del Obispo de Tucumán, don Manuel Abad Illana; a esta donación agregó generosamente “400 varas de sur a norte y 100 de este a oeste para cómoda habitación de los curas”.

Hoy es iglesia parroquial y monumento histórico oficial.

mente reconocido. Desde el amplio patio de la "hacienda", circundado de galerías cuyo techo sostienen elegantes columnas de algarrobo, se divisan las cúpulas mellizas con sus cruces señeras. Sin duda se distinguían también desde algunas habitaciones, a través de las ventanas protegidas por rejas de hierro o de madera labrada, al estilo morisco o español. Desde aquí se organizaron sin duda las efímeras resistencias contra la Revolución nacida en 1810.

Pero poco más tarde, el mismo Güemes estuvo en Payogasta y Cachi adiestrando el "ejército de vallistos" que, bajo sus órdenes, habría de dar lustre a la hazañosa "guerra gaucha": la epopeya de Salta.

Crean advertir los lugareños de nuestros días que se prefieren por tradición los ponchos rojos en La Poma y Cachi y los azules en Molinos y Seclantás. Sería reminiscencia de una consigna del caudillo, quien distinguía a sus escuadrones, según el lugar de procedencia, por los colores de los ponchos.

La gente de los valles llegó a constituir por sí sola una división de ejército. Fué sin duda un espléndido tributo para la guerra patria. Soldados curtidos y sobrios; jinetes para quienes la hazaña ecuestre y el prodigio del lazo eran hechos indiferentes por cotidianos; tropa de insuperable baquía para las marchas por los vericuetos de la montaña; rastreadores duchos en descifrar los jeroglíficos de las huellas, y capaces, a falta de otras letras, de leer el mudo mensaje de los rastros. Pero no fué sólo ése el aporte vallisto. *Picotes* y mantas de sus telares, harina de sus molinos, *charqui* de sus ganados, patacones de sus arcas emigraron tras de sus dueños desde el solar nativo al teatro de la lucha y al seno de los campamentos.

De las familias tradicionales, propietarias de las fincas que siguieron la línea social y económica de las viejas encomiendas surgieron los jefes y oficiales. Ellos compartieron, a la diestra del caudillo, tanto de los acíbares de la guerra como el acudido gozo de la victoria.

### *La historia en las tradiciones*

Entre tanto, en el curso del siglo XVIII. seguían en el Valle germinando las buenas semillas, representadas por las primeras misiones evangelizadoras y por algunos asentos y encomiendas. Muchas llegaron a fructificar en pueblos y villas o se estancaron en simples caseríos, mal enhebrados por el hilo del camino, como cuentas dispersas de un rosario roto. La iglesia, la plaza, los edificios públicos y privados se han levantado a veces en las tierras particulares del señor de la heredad. Tal el caso pintoresco de Cachi: el pueblo, capital del Departamento, está íntegro enclavado en los términos de la finca homónima.

Las actividades, desde aquel entonces hasta comienzos de este siglo tomaron un ritmo apacible y "provinciano" por antonomasia. Inverne de ganado; arrias a Bolivia y a Chile; siembras y cosechas; primitivas o nacientes industrias de tipo hogareño. La vida sedentaria y patriarcal, sólo matizada con los viajes anuales y las fiestas consabidas, no llegó a conmoverse con frecuencia. Acaso por los temblores de tierra o, en fecha imprecisa, por la vandálica entrada de los *cuicos* que dejó en los ánimos por largo tiempo un medroso temblor. Llamaban *cuicos* a los coyas del altiplano y en la actualidad, sin duda por reminiscencia de aquella hazaña, el término designa, en general, a las "personas malas". Por otra parte, eran ya conocidos en tiempos de Pezuela, que los trajo consigo desde el norte hasta Salta, después de las derrotas patriotas en Vilcapugio y Ayohuma.

"Entraron al Valle por la cuesta del Acay", me contaba cierto día en San Antonio de los Cobres don Raimundo Choque, con ojos de asombro y tono de convicción. Los hombres eran muertos y arreadas las haciendas. Cuando carneaban una ternera robada, la desollaban y escribían con sangre en el cuero mensajes burlones para sus posibles perseguidores.

En La Poma han dejado hondo recuerdo. Al pasar por la finca "Las Pircas" se les escapó un peón, llamado Tolaba,

rumbo al sur. Lo persiguieron valle abajo y le dieron alcance no lejos del pueblo. Sin sofrenar los caballos, galopando "a toda furia", "le hacharon la cabeza" de un sablazo. Como por milagro, el cuerpo decapitado siguió erguido en la montura por un largo trecho. Así me refería la tradición una viejecita del lugar. Hasta hace pocos años, el viajero ha podido ver a la vera del camino, un pequeño nicho de piedra y barro, coronado por una rústica cruz. En su interior, velas encendidas, estampas, flores y monedas testimoniaban el culto popular hacia el alma milagrosa de Tolaba, víctima de los *cuiicos*. La diminuta construcción se ha transformado. En mi último viaje quedé suspenso ante la capilla que la piedad anónima ha levantado junto al nicho. Es la prueba materializada del ahinco con que el pueblo cree en el poder sobrenatural de las almas, cuando las arrebató de su vida terrena una fuerza trágica.

Tal ha ocurrido con algunas de las víctimas degolladas por las fuerzas de Felipe Varela, el montonero catamarqueño. Chispa tardía desprendida de la hoguera de las guerras civiles, intentó, después de la muerte de El Chacho, avivar nuevamente el incendio en los Valles Calchaquíes

Llegado de Antofagasta puso en fuga, al parecer con su sola presencia, a las fuerzas mandadas por don Pedro José Frías (llamado "Don Peque"), cuya conducta dudosa dejó rastros en el cancionero popular (1):

*En las calles de Salta  
se oyen los ayes  
porque don Peque Frías  
vendió los Valles.*

Los pocos hombres que se opusieron en la Cuesta de Cachi fueron también barridos por el caudillo. Quedaba abierta la entrada a Salta por Escoipe. Por allí se precipitaron los mil cuatrocientos hombres bien montados de Varela, antes de la llegada del general Navarro y eludiendo las fuerzas del coro-

---

(1) CARRIZO. *Cancionero popular de Salta*, p. 50-51.

nel Martín Cornejo, salidas a su encuentro desde la ciudad. En ésta alcanzaron difícil y efímera victoria. Huyeron luego a Jujuy y a Bolivia, de donde tornaron en 1869 por el lado de la puna.

Vestigios de estas jornadas se conservan en la letra de una *chilena*, recogida por F. Ramón Cano Vélez en su *Amaticha del Valle*. La primera estrofa es la copla recién transcrita (salvo la variante "Roque Frías" por "Peque Frías"), a la cual siguen las siguientes:

*A la carga, a la carga,  
dijo Elizondo,  
rompamos las trincheras  
de cuatro en fondo.*

*A la carga, a la carga,  
dijo Guayama,  
si la pierdo a esta guerra  
no cargo espada.*

*A la carga, a la carga,  
dijo Varela,  
se le cansó el caballo  
y montó a su agüela.*

El informante fué un viejecito de 80 años, don Pedro Sandoval, que decía haber sido soldado del regimiento que comandaba Navarro, en su marcha desde Catamarca para enfrentar a Varela. De acuerdo con este mismo testimonio, aquel jefe y el caudillo se concertaron en Cachiyuyal (Tinogasta), para que el primero simulara la persecución de Guayama, que acampaba en Cafayate, dando lugar a su retirada hacia Salta.

Durante su permanencia en el Valle vivieron días de zozobra y pavor sus habitantes. El estado de ánimo general mezcla de indignación y de inquietud, se refleja en los términos espontáneos y familiares de cartas dirigidas por don Bernardo Gorostiaga, desde El Churcal, a su sobrina doña Ascensión Isasmendi de Dávalos (2).

---

(2) REYES GAJARDO. *Apuntes históricos*, p. 170-171.

En 1943 recogí en Cachi el último eco viviente de aquellas jornadas de abusos y degüellos que perduran en la memoria popular como "la entrada de los Varelas". Don Fabriciano López, anciano cacheño, recordaba el emocionante episodio vivido en su juventud: lo alcanza uno de los jefes de Varela y él se siente aferrado por los cabellos. El gesto decidido y el facón preparado no dejan dudas sobre las intenciones del montonero. Una oportuna, casi milagrosa *salida* del muchacho, llena de ingenio y de gracia provinciana, detiene el brazo del gaucho y dibuja en sus labios una sonrisa de simpatía. Se entabla el diálogo. Luego una breve marcha hasta el campamento, caminando junto al caballo del captor. Llega a poco acongojada la madre esperando encontrar sólo el cadáver de su hijo. Oye entonces con asombro felicitaciones por el valor del *chango* y hasta la desconcertante propuesta de enrolarlo en las filas invasoras. Tras esto, la concesión de su libertad. Así me refirió don Fabriciano cómo su juventud y su chispa oportuna lo salvaron de la muerte.

La segunda invasión terminó con la derrota de Pastos Grandes (1869), tras de lo cual Varela, después de cruzar la cordillera, terminó su agitada vida en Copiapó.

Un último estremecimiento marcial corrió por los Valles en 1895, cuando el conflicto internacional hizo aparecer como inminente una guerra con Chile.

Muchos de los afincados, henchidos de patriotismo y de bélicos ardores, sacaron a relucir casacas militares y ciñeron los sables que conservaban como reliquias de la "guerra gaucha".

Estimulados por los grados y nombramientos recibidos, contribuyeron con los peones de sus haciendas a formar escuadrones.

Se trató de disciplinar aceleradamente tropas improvisadas con simulacros y marchas y estallaron en los pueblos inflamadas arengas.

No podía faltar el concurso de la musa popular. Una copla que encabeza una glosa de la época dice así:

*Ya se nos vienen los rotos  
con los rifles preparados  
y los cañones cargados  
con metrallas de porotos.*

Y junto a la jarana, no podía tampoco faltar la tragedia. En uno de los simulacros, y sin duda por imprudencia, fueron muertos Tomás Lozano y un joven Montellano, pertenecientes a dos de las más distinguidas familias de los Valles.

### *Las fincas y su mundo*

Después de este inusitado estremecimiento del ánimo colectivo, tornó la vida a su ritmo habitual. Vida sosegada, pero laboriosa, sencilla pero no exenta de complejidad.

Pasada la agitación, volvieron los vecinos a sus casas de los pueblos; los afincados a la atención de sus propiedades e intereses; los peones a sus tareas; los arrenderos a sus sembradíos y ganados; y a los ranchos remotos del cerro, junto a la infaltable majada de cabras triscadoras, los puesteros de las fincas. Estas constituían el núcleo de todo el conglomerado sociológico y económico. Extensas como latifundios, las poblaban mayor número de personas, vinculadas a su explotación, que la totalidad de los habitantes del pueblo principal. Aquéllas constituían para los propietarios "su gente" y con respecto a ellas mantenían vívida, a través de los siglos, la imagen del encomendero, atemperada en su trato campechano y su autoridad de patriarca. En cuanto a los negocios, imbuidos como estaban de pundonor hidalgo mercaban sobre la base de "la palabra dada y la buena fe guardada". Casos hubo sin duda de temperamentos ásperos y régimen despótico, pero debieron ser excepcionales o se idealizaron con el tiempo, pues la memoria de los viejos sólo evoca figuras de porte llano, palabra noble y corazón de oro.

Las fincas resultan así el punto de apoyo imprescindible para sugerir la realidad de la vida en el Valle durante el siglo

último. Ellas serán el marco de breves referencias que permitan entroncar ese período con los tiempos contemporáneos.

La *sala* o casa del patrón adquirió, después de aquellas turbulencias y agitaciones, su fisonomía tradicional.

Los *silloneros* predilectos volvieron a estar, como siempre, en espera de su dueño, disimulando su impaciencia o rumiando su modorra a la sombra de molles o ramadas, no lejos de las casas, junto al camino o al término del arbolado callejón de entrada. Allí los encontrará el patrón todas las mañanas, ensillados y listos para la diaria recorrida. En las inmediaciones lo aguarda, para anoticiarlo de las novedades de la víspera, el capataz. Ya éste oye el argentino tintineo de las espuelas sobre las *tajas* del patio. Ya ve aparecer a su patrón, enmarcado entre las columnas de la sombreada galería. Lleva como siempre el aludo sombrero de alta copa, modelada con las abolladuras consabidas. En actitud concentrada reposa la discreta barba en el pañuelo de seda que anuda con desaliñada elegancia. El rostro, un poco atezado por los soles y vientos de la montaña, acentúa la impresión de hombría y de salud que exhala con su tonalidad de bronce. La chaqueta de *barracán* casero, muestra su nutrida fila de botones, desprendidos por lo común, como al desgaire. El “nido de abeja”, prolija labor que adorna las mangas en larga franja, se prolonga a los costados de la bombacha holgadísima, al estilo salteño. Desborda la caña de la bota cortona, que luce a la altura de los tobillos, en remedo de fuelle de acordeón, el encarrujado regional. La punta del rebenque fustiga con levedad el empeine. El patrón ordena mentalmente el plan de labor para la jornada y agota el contenido del último mate, cuyo enchapado continúa la línea de plata que forman la barba entrecana, los adornos del cinto y la hebilla labrada de la espuela.

Ya junto al estribo, el saludo afable, el último chupón al mate, que vuelve a manos de la chinita que lo aguarda luchando con irreprimible bostezo. Por fin, unos precavidos pasos al caballo después del ajuste de la cincha, y bien sentado en la mullida montura de levantado arzón, la salida a paso lento

por el arbolado camino, humedecido de rocío. El diálogo pausado con el capataz se va desgranando por los senderos a lo largo de todo el recorrido, mientras visitan rastrojos y sembrados, compuertas y acequias, toros enfermos y tropas de mulas dejadas en inverte por arrieros santamarianos.

Entre tanto, la amplia galería de la casa, apoyada en columnas de adobe o soleras de algarrobo, recibe la ruda caricia de la *pichana*, la escoba rústica formada por un haz de largas ramas.

A veces esta galería frontera se triplica en forma de U, o se cierra en cuadro, ocultando del exterior el amplio patio.

Este era el escenario donde la dueña de casa actuaba. Como avezado capitán desde el puente de su nave, gobernaba desde aquí el cardumen de *chinitas* y *changos*; distribuía o revisaba la tarea de las teleras, encorvadas sobre la trama y atentas al juego de *úsos* y pedales de sus telares rústicos, instalados a veces bajo los arcos de aquellas galerías. Este disperso taller proveía de frazadas y ponchos de lana, *picotes* y *cordillates*, telas de color uniforme como el *barchila* o combinados como el que decían “ojo’i pérdez”, con gráfica expresión.

Numerosas habitaciones abrían sus puertas al patio. La despensa, especie de “sancta sanctorum” de la casa, se cerraba con siete llaves que colgaban de la cintura de la señora, quien no las dejaba de su mano. Se conservaban allí las más variadas provisiones, en ollas y tarros; en los graneros separados entre sí por pequeños tabiques de adobe, el trigo y las mazorcas; sobre ellos se balanceaban los *zarzos* de caña, pendientes de los tirantes del techo y depósito habitual de *quesillos*, quesos, *chalonas* y cuajos.

Era infaltable el escritorio, campo reservado para la administración de la hacienda, y, desde luego, las habitaciones de la familia y los cuartos de huéspedes.

Los *bollos* y tortas recién amasados se asoleaban sobre mesas precarias esperando el momento oportuno para ser trasladados junto al horno de barro, ubicado al fondo, en el segundo o tercer patio, próximo por lo común, a la cocina. Era

ésta recinto oscuro, ennegrecido por cien humaredas e innumerables tiznes. Lamentables condiciones que no permitían presenciar las delicias que allí se fabricaban: desde el churrasco con picante de ají que se servía a media mañana, hasta las fuentes de caldo aromado con orégano, las empanadas rubicundas y jugosas, la *patasca* succulenta o el *tulpo* y el *mote* de las comidas cotidianas. Por la mañana y después de la siesta, la cocina se prolongaba en braseros que la chinita cebadora llevaba junto al patrón o la señora al lugar de la casa donde sus actividades los retenían. Como en un nido tibio, runrunaba la pava con el agua pronta para el mate, que se acompañaba a veces, y sobre todo por la tarde, con tortillas de harina tostadas al rescoldo.

En este mismo patio o en un tercero, se fabricaba el jabón en los grandes *fondos* de hierro, allí ubicados sobre hornallas permanentes, o se embutía la grasa en pellejos en los que se conservaba para uso casero o para exportar a Chile, cuando la *matanza* de animales había proporcionado cantidad suficiente.

Piolas o alambres cruzaban el patio y de ellos pendían los trozos de carne salada que el clima seco convertiría lentamente en *charquis* y *chalonas*, ingredientes de tanta comida apetitosa.

También aquí se cortaba la leña, traída del monte a lomo de burritos, en innúmeras cargas.

Cuando las lavanderas no iban a la orilla del río o del arroyo, se instalaban con sus amplias *bateas* de madera, junto a la acequia que atravesaba la casa y terminaba en la huerta.

No podían faltar, en las vecindades de la cocina, los morteros de piedra y algarrobo, frente a los cuales una mujer cumplía su rítmica tarea, levantando y abatiendo la mano de piedra para pelar o pisar el maíz, elemento esencial de la alimentación lugareña y preciada herencia de las culturas prehispánicas.

Se veían también acaso los *veleros* de barro para fabricar

las velas de sebo *bañadas*, sustituidas más tarde por las que se hacían en moldes de latón.

El comedor de los peones que trabajaban cerca de la casa, congregaba a buen número en las horas convenientes. Recibían su ración de *tulpo* con el trozo de *charqui* o la preciada *tumba*, la presa de carne, y la comían en los primitivos platos de algarrobo o de arca con cucharas del mismo material.

Más allá, siguiendo por lo común el curso de la acequia, se llegaba a la huerta, sitio deleitoso, pródigo en frescas sombras, en frutas y hortalizas.

En algún propicio rincón se levantaban los muros del *tabique*, que protegían de la intemperie y de miradas indiscretas el amplio pozo cuadrangular que servía para los baños en el verano, cuando no se prefería los remansos del río o las delicias de los *chorros*, pequeñas cascadas de algún arroyuelo de las cercanías.

Durante el invierno, era menester acudir al complicado expediente de los baños en las tinas de zinc, hasta las cuales había que llevar en baldes el agua fría y la caliente en grandes tachos.

Por lo común retirado de la casa, aprovechando de la mejor manera la fuerza del agua, consecuencia a su vez de la topografía del terreno, se hallaba el molino, de tan preponderante papel en la economía doméstica y vecinal. Hasta él se costeaban las gentes, con los burros cargados de costales de trigo que tornaba convertido en la harina preciada.

El metálico martilleo en el yunque, el jadar de la fragua, los alegres chisporroteos, denunciaban a la activa herrería, dedicada casi exclusivamente a la fabricación de herraduras para el ganado que en el tiempo oportuno se llevaba a Chile o a Bolivia.

Además de los cultivos, ésta era la principal actividad agropecuaria. Llegaban las tropas numerosas desde el sur, de La Rioja, Chumbicha, Belén, Santa María de Catamarca. Venían arreadas por sus dueños, secundados por capataces y peones, en procura de los buenos pastos vallistos, para seguir, des-

pués del inverne, hacia Bolivia, donde el animal mular era muy solicitado para el trabajo de las minas. Las famosas ferias de Huari y de Uyuni, por ejemplo, concentraban anualmente millares de cabezas, en cantidades increíbles.

Quedaban, pues, en los potreros alfombrados de pastos nutritivos, bajo la custodia de pocos arrieros. Cuando era tiempo de emprender el viaje, regresaban los demás y todos marchaban por los penosos pasos del Acay y los caminos inhospitales del altiplano.

Al regreso, era de oír los cuentos y *casos*, las noticias sobre las costumbres *coyas*, sobre las ventas a buen precio de mulas enfermas, a las que momentos antes se excitaba dándoles a tomar vinagre. Más de uno había explotado el instinto "volvedor" de estos animales, abriendo los potreros para que se escaparan al sur, rumbo a la querencia, después que el dueño recibiera el pago.

Era ese el momento del arreglo de las cuentas por pastaje. Salían a relucir bolsas de *quintos* y otras monedas bolivianas. La precaución aconsejaba probarlas una a una, pues había que desechar las llamadas "sordas". Las más pequeñas eran las *illas*; se las había bautizado con la mimosa palabra quechua que significa "tesoro", "dije", y que sirve para designar también a la ovejita más preciada del rebaño. Se coleccionaban *illitas* para *mingar* al platero adornos y enchapados en mates, fustas, riendas o bien para fijarlas ostentosamente en la *rastra* del cinto.

Este activo tráfico, fué adecuado conducto por el que llegaron al Valle modas, noticias, costumbres y dichos bolivianos que hoy parecen exóticos. Por las mismas rutas de las recuas arribaban también yungueños, portadores de mágicas alforjas con joyas y pañuelos, yuyos y amuletos que excitaban el entusiasmo y la curiosidad de las mozas y encendían la esperanza de los jóvenes.

Si alguien, entre ilusionado e irónico, les pedía "un remedio pa'l amor", contestaban socarronamente: "Plata dando, mujeres queriendo".

Una chinita cargosa y bobalicona exigía una vez: "Ma ver, ¿qu'es pu bueno pa la flojera? y ante el silencio del mercachifle, insistía con la misma pregunta. Hasta que el yungueño levantóse despaciosamente diciendo: "Yo te'hi dar remedio"; tomó el látigo con que arriaba su recua y lo hizo restallar en las nalgas de la preguntona, asegurándole con toda convicción: "¡Pa la flojera? Estu'es bueno".

### *Las familias patricias*

Los jóvenes hijos de familia manifestaban condescendiente desdén por santamarianos y yungueños, pero en el fondo de su corazón no dejaban de envidiar su existencia aventurera de trotamundos, su vasto conocimiento de otras tierras y gentes diversas. Lógica reacción de vidas sedentarias y conservadoras, apegadas al terruño, cuyos circunscriptos horizontes geográficos significaban también en cierto modo limitación intelectual. Por eso muchas veces los niños y patroncitos acompañaban a los capataces de las tropas, más por espíritu de aventura que por verdadera necesidad. Algunos llegaron así hasta Lima, que no perdía el atractivo de metrópoli de la cultura, conquistado a justo título en los tiempos del virrey. Verdaderos sectores de la sociedad salteña conservaron en sus modales y en su refinamiento dejos de aquel ambiente de distinción y buen tono cortesano. No pocos llegaron a casar con damas limeñas, famosas por su encanto y donosura. Quienes con menos se contentaban, no atraídos por las lides del amor, satisfacían en aquella tierra otra pasión propia de señores agauchados como eran: no volvían sin potros y yegüitas peruanas, buen acicate para su fama de jinetes eximios.

Las niñas y las familias vallistas en general, no tenían más perspectiva de viaje que la ida a Salta. La naturaleza y estado de los caminos no permitían otro medio de transporte que el caballo y la mula. Reservada ésta para las cargas, se tenían para tales oportunidades espléndidos *silloneros*, de paso suave y rápido andar.

El ingreso de los jóvenes en colegios y seminarios, la fiesta del Señor del Milagro u otros motivos importantes determinaban la organización del viaje. Momentos febriles y felicísimos de los preparativos. Arreglo de las *petacas* de cuero crudo con la ropa y el equipaje, más algunas destinadas a las provisiones para las dos o tres jornadas que demandaba la marcha hasta la ciudad. Preparación de los víveres para el *avío*: pollos y cabezas de cordero hervidas, carne para el asado, *frangollo* e ingredientes para el *tulpito* que se llegaba a tomar a medias, en "El Almorzadero" o en "El Pugio", lugares obligados de refrigerio, porque cuentan con ojos de agua potable. Cargaban en las mulas los bultos y con ellos las ollas para cocinar en el camino, la ropa de cama y hasta los catres para pernoctar en los ranchos de "La piedra del Molino" o del pie de la Cuesta del Obispo. Si se viajaba desde La Poma, el pueblo más septentrional del Valle, la primera jornada terminaba en Payogasta y la segunda, andando fuerte, en San Fernando, a la entrada de la Quebrada de Escoipe. Desde allí, el tercer día, se llegaba a una de las poblaciones de la actual línea férrea de Salta a Alemania y por fin a la capital de la Provincia. Los traslados de familias numerosas, auxiliadas por un acompañamiento proporcional de *chinas* y peones de mano, tornaban estos viajes en verdaderas caravanas. En odiseas, a veces peligrosas en verdad, cuando era menester llevar criaturas o personas enfermas. Pero por lo común se trataba de ansiadas oportunidades para cambiar la rutina de la vida en la vieja casona solariega y renovar el ánimo con no conocidas emociones y horizontes nuevos.

El jefe de familia constituía casi siempre un caso distinto y especial. Las exigencias de sus negocios, trámites en bancos o juzgados, requerimientos sociales y políticos lo llevaban a la ciudad con más frecuencia. Allí o en la capital de la República había cursado a veces sus estudios. Algunos, llevados de una perentoria vocación o ayudados por circunstancias propicias, siguieron sus carreras en el foro o en la clínica con el brillante resultado que recuerda la historia. Otros, por imposiciones

familiares, apego a la vida de campo o imperiosa necesidad de atender sus intereses, prefirieron la labor callada en el rincón nativo. Fué una manera, y no menos digna ni fecunda, de cimentar la economía y la grandeza de la patria chica en tiempos de decisiva evolución. Este retraimiento campesino no significó por cierto hurañía ni tosquedad de espíritu. A las nociones de los estudios de juventud, se fué sumando la impalpable pero depurada inculcada por las pláticas en cenáculos selectos de la ciudad y provechosa lectura en sus retiros montañeses. Fué muy característica la preferencia por los clásicos españoles. No es de extrañar en estos ambientes geográficamente aislados, donde florece una acendrada tradición. ¿Cómo no tener apego por El Quijote, cuando hasta los peones cantaban con la *caja* letrillas de Quevedo y los *changuitos* entonaban frente al Pesebre, por Navidad, villancicos de Lope? ¿No serían gratos para ellos los textos del Siglo de oro, en los cuales les salían al paso palabras y expresiones familiares, que enjocaban su propia habla provinciana? Hasta hoy podemos comprobar cómo siguen subsistiendo, con envidiable vitalidad, arcaísmos contemporáneos de Cervantes.

Estos señores, en toda la densa significación de la palabra, que leían la Biblia y gustaban a los clásicos, eran poetas por sensibilidad y oradores por temperamento. En los atardeceres propicios entonaban, acompañándose con la guitarra y rodeados de la cariñosa atención de la familia, endechas por ellos mismos compuestas. Hasta la penumbrosa galería del amplio patio iban llegando, desde el interior de la casona, las sirvientas y los peones, absortos y conmovidos ante la sugestión de la escena y el encanto de las melodías.

Su facundia galana se expandía en la oratoria política. Y no sólo ante electores analfabetos. Estos señores, miembros casi perpetuos de las legislaturas locales, llevaban al recinto de sesiones, desde el fondo remoto de sus valles, sus problemas, aspiraciones y demandas. Veinte horas de marcha en buenas caballerías remudadas en el camino, bastaban para dar forma al asunto madurado en el retiro. Detenían el potro espléndido

“ante el pórtico del Senado” y llevaban a la discusión el brioso aporte de nítidas ideas y palabra cálida.

En fechas tan propicias como el 20 de febrero, aniversario de la batalla de Salta, eran infaltables con sus familias al baile tradicional, modelo de distinción, buen gusto y refinamiento. Y en los modales caballerescos y en la charla amena no era fácil descubrir al gaucho recio que enlazaba toros cimarrones en las *corridas* de los cerros nativos.

¡Los cerros nativos! ¡Qué distinta la realidad de las gentes que se apegan a sus faldas, lejos de los valles abajeños! Diversa de la vida en las fincas, pero más conservadora y persistente. Aquélla, con mayor sensibilidad para los cambios sociales y económicos, es hoy en muchos aspectos sólo un recuerdo que los abuelos idealizan ante los nietos escépticos, ganados por la magia moderna de la maquinaria, el automóvil y el avión.

En cambio la otra, la existencia cerril y primitiva, sigue impertérrita en su sencillez y en su penuria. El tiempo, representado en el perfil de esos cerros, inmutables como esfinges, desecha lo fugaz y afianza lo eterno. Parece olvidar estos rancheríos aletargados, que como la “bella durmiente”, despertarán algún día y hallarán que todo se ha transformado en torno. Entre tanto ¿es el tiempo su protector o su verdugo? ¿Son estos hombres parias desheredados de la suerte o seres privilegiados, que lejos de nuestra vorágine logran la resignada serenidad, acaso la imagen más fiel de la dicha asequible por el hombre?

Existencia frugal, goces escasos pero intensos, desconocimiento de términos de comparación, atemperan el dolor de su perpetua estrechez, acosada por la tierra árida y los corazones yermos. No mordieron por cierto el fruto del árbol de la ciencia y esa agreste ignorancia los preserva del amargo zumo. Evocados desde el seno de la ciudad tumultuosa y convulsionada, por momentos obsesiona la pregunta: ¿quiénes, Señor, quiénes infunden más cumplido sentido en la vida que les diste? ¿Quié-

nes conquistan una mayor porción de la magra felicidad que destinan al hombre en su paso por la tierra?

AUGUSTO RAUL CORTAZAR

N O T A

Para facilitar la comprensión del texto a quienes no estuvieran familiarizados con el vocabulario regional salteño se agrega el breve glosario siguiente:

- ACULLICO. Porción de hojas de coca que se mastica o succiona, manteniéndola entre los molares y el carrillo.
- AGARRAR. Se dice cuando, por supuesta influencia maligna, la tierra o el cerro dañan o enferman.
- ANTIGAL. Ruina arqueológica.
- AVIO. Provisión para comer en el campo o en el camino.
- BARCHILA. Tela basta y fuerte de color plumizo. El color mismo.
- BARRACAN. Tela de lana.
- BATEA. Artesa.
- BOLLO. Especie de pan.
- CAJA. Tamboril.
- COCA. Hojas del arbusto *Erythroxylum coca*.
- CORDILLATE. Barracán. Tela de lana.
- CORRIDA. Rodeo en las montañas.
- CORVOS. Tirante formado por troncos
- COYA o COLLA. Boliviano o indígena de las altas mesetas de Bolivia, Salta y Jujuy.
- CHALONA. *Charqui* de cordero, oveja o llama.
- CHANGO. Muchacho.
- CHARQUI. Cecina de vaca.
- CHAYA. Carnaval.
- CHICHA. Bebida fermentada.
- CHILENA. Baile.
- CHINA, CHINITA. Nativa joven, ocupada en el servicio doméstico.
- CHORRO. Pequeños despañaderos de agua.
- FLOJERA. Pereza.
- FONDOS. Calderos o pailas de metal.
- FRANGOLLO. Comida regional.
- HUATO. Tiento, tira o correa que sirve para atar. La honda de huato es la tejida, de procedencia indígena.
- ILLA. Tesoro, dije. Se aplica a la oveja más pequeña y a las antiguas monedas pequeñas de plata.
- LAJA. Piedra lisa, plana y generalmente delgada.
- LISO. Pieza del telar.
- MATANZA. Sacrificio de animales vacunos y lanares y faenas subsiguientes.
- MATE. Además de calabacilla e infusión que en ella se toma, las grandes calabazas cortadas por mitad, que se usan como cucharones.
- MINGAR. Pedir o encargar un trabajo.

MOTE. Comida regional.  
MUYUNA. Pieza del huso o *puiscana*.  
NIÑO. Hijo del patrón.  
NOQUE. Recipiente para pisar la uva, hecho con un cuero vacuno.  
OJOTA. Especie de sandalia indígena.  
OVEJUNO u OVEJON. Sombrero de lana.  
PATASCA. Comida regional.  
PETACA. Baúl o maleta de cuero crudo.  
PICOTE. Tela de lana.  
PICHANA. Escoba rústica hecha con un haz de ramas de esa planta o de cualquier otra.  
PUGIO. Vertiente, ojo de agua.  
PUISCANA. Huso.  
QUESILLO. Requesón típico.  
QUINTO. Antigua moneda boliviana.  
RASTRA. Adorno de plata en la parte delantera del cinto.  
SALA. La casa principal de una finca, morada generalmente de los patrones.  
SALIDA. Ocurrencia feliz y chistosa.  
SILLONERO. Caballo preferido para montar.  
TABIQUE. Construcción, en forma de pozo cuadrangular, destinada a los baños de inmersión en las casas de campo.  
TULPO. Comida regional.  
TUMBA. Trozo de hueso con carne que se sirve con el caldo o el *tulpo*.  
VELERO. Recipiente de barro que se utiliza para fabricar velas de baño.  
VICHADERO. Mirador.  
ZARZO. Especie de estante suspendido, hecho de cañas unidas entre sí, para conservar quesos y otras sustancias alimenticias.

